

Política: ¿ciencia o prudencia?

Lic. José Luis de la Peza

*Magistrado Presidente del Tribunal Electoral del Poder
Judicial de la Federación*

Sumario: I. La Entrada de la Modernidad. II. La Política como Ciencia: a) Conocimiento y Poder: Dominación Racional; b) La Convivencia Social como Organización; c) La Sociedad como Empresa; d) Los Defensores del Modelo Cartesiano. III. Las Incongruencias de la Ciencia. Lo Racional y lo Razonable: a) La Desilusión de los Resultados; b) Lo Razonable en la Política: El Rescate de la Prudencia. IV. Corolario.

I. La entrada de la modernidad

La racionalidad en el ejercicio del poder es un tema constante en la teoría política, pues supone encontrar la medida —razón— de los actos de gobierno. De hecho, las principales clasificaciones de las distintas formas políticas hacen referencia a este aspecto: así, los tipos del absolutismo, la democracia-social, el despotismo ilustrado, son sólo algunos ejemplos.

No obstante lo anterior, tal vez ningún rasgo distinga más a la Modernidad de las épocas pasadas que su proceso racionalizador, llevado hasta el perfeccionamiento de los grandes sistemas, hoy en revisión y redefinición. Del cambio en la perspectiva del mundo que hay detrás de este hito histórico pueden encontrarse excelentes trabajos, a los que remitimos al lector, por no ser el tema de estas páginas.¹ Lo que

1 BARON, Hans: *En busca del humanismo cívico florentino. Ensayos sobre el cambio del pensamiento medieval al moderno*. FCE. México, 1993; especialmente los capítulos XII y XIII. CASSIRER, Ernst. *La filosofía de la Ilustración*. FCE. México, 1984. CASSIRER, Ernst. *La libertad política. Historia de su concepto en la Edad Media y en los tiempos modernos*. FCE. México-Madrid-Buenos Aires, 1985.

intentaremos ahora será ofrecer algunos aspectos, que creemos fecundos para la reflexión, de la conformación y funcionamiento del Estado moderno.

La Modernidad puede ser considerada como una corriente cultural y de pensamiento, sólo si se concede que su unidad se basa más en aquello contra lo que combate, que en aquello que defiende y postula. Ciertamente es, sin embargo, que a esos hombres los unía una fe absoluta, ciega, en su método, pero para discutir y analizarlo todo: "... desde los problemas de la metafísica hasta los del gusto, desde las cuestiones teológicas hasta las de la economía y el comercio, desde la Política hasta el Derecho de gentes y el civil".² A partir de entonces, el conocimiento ya no se hará derivar de la realidad de las cosas, sino que la razón creará su propio objeto. Cuando Descartes divide la realidad en *res cogitans* y en *res extensa*, aniquila por completo la pluralidad de las sustancias, y entiende que una única teoría será capaz de abarcar un mundo homogéneo y uniforme, inteligible y racional.

Se trata de un reduccionismo, tanto en el objeto cognoscible cuanto en el sujeto cognoscente, todo tamizado por los patrones geométricos y matemáticos, que regirán incluso la conducta y el conocimiento humanos. El universo, denominado desde entonces "materia", será objeto de una manipulación *more geométrico*, capaz de construir y de inventar lo que no soñara antes la humanidad. El requisito indispensable para lograrlo es plegar la razón a las exigencias metódicas, ya que de esta suerte el fin se alcanzará naturalmente, sin esfuerzos. Bacon divulga esta nueva fe: *natura non vincitur nisi parendo*, esto es, la naturaleza sólo es vencida obedeciéndola, o sea, aplicando el método correcto.

No puede compararse esta nueva cosmovisión con los adelantos científicos alcanzados hasta entonces, ni con las cuestiones académicas promovidas en los claustros universitarios, pues aquella llenaba todo y era compartida en todos los estratos sociales: era la mentalidad moderna, confiada en el progreso, cierta en su éxito. "Las esperanzas de fundar una religión de la razón iban creciendo desde el siglo XV por los éxitos que esta razón iba obteniendo en el sometimiento de la naturaleza mediante el saber. La época de las invenciones y de los descubri-

2 CASSIRER, Ernst: op. cit., p. 18.

mientos estaba condicionada por los cambios de la sociedad burguesa. Los fines cada vez más prácticos que esta sociedad se proponía en el trabajo industrial de la ciudad, en el comercio, en la medicina, ofrecían constantemente nuevas tareas... Sólo por la vía de la prueba, el cálculo, el descubrimiento, la invención, podía el pensamiento dar satisfacción a las exigencias de la vida."³

El mundo ya no es entendido como un complejo inabarcable, sino por el contrario, "como un lugar esencialmente benéfico, o como un lugar que podía llegar a serlo", en palabras de Friedmann.⁴ La actividad de los científicos y de los filósofos, de los juristas, de los artistas, de los humanistas, se resuelve en ofrecer a la conciencia colectiva un mundo desmitificado, regido por leyes perfectamente racionales, que el hombre debe descubrir y saber utilizar en su provecho. Si hay algo en la realidad que se muestra perjudicial al hombre, es porque éste no ha sabido explicarlo en términos matemáticos, con ideas "claras y distintas".

Si, hasta el momento, no hemos hecho particular referencia a las ciencias sociales, es porque la Modernidad misma no lo hace. Recuérdese que se trata de un proyecto de ciencia unificada, de fidelidad a un método único. Thomas Hobbes, quien es quizás el máximo exponente de estas ideas en el campo social, indica que las calamidades y desgracias por las que atraviesa la humanidad, podrían evitarse si se conociera la magnitud de las acciones de los hombres, tal y como se conocen las de la física.⁵ Desde el comienzo, el método geométrico-matemático se trasladó a las humanidades, al saber sobre la conducta y el ser del hombre. Así, por ejemplo, los enciclopedistas, entre quienes destaca Diderot, creían firmemente que la dirección natural, inmanente, del progreso, llevaría a las sociedades a nuevas y mejores formas de convivencia humana.

El Estado juega, sin embargo, un papel clave en la instauración de la nueva sociedad. En efecto, la sociedad civil es el ámbito de la convivencia, de la vida en común. Si se había postulado como dogma que el

3 *Ibidem*.

4 FRIEDMANN: *La filosofía política de la escuela de Frankfurt*. FCE. México, 1981, p. 115.

5 Sobre este autor, puede revisarse GOLDSMITH, M. M.: *Thomas Hobbes o la política como ciencia*. FCE. México, 1988.

progreso dependía de una única manera de entender la realidad, en los aspectos políticos, la heterogeneidad —en idiosincrasia, en religión, en condición social— sería un obstáculo a vencer para acceder al progreso. La bandera de la igualdad, hay que insistir en ello, se refiere a la política, pues respecto de la igualdad económica hay una negación fáctica, apoyada también por las teorías de Locke, Smith, etc. La primera forma del liberalismo es política, y se da a la tarea de uniformar sentimientos, creencias, ideas, sistemas de ética, sustituyendo los antiguos dogmas por el nuevo de la fe en el progreso y la incuestionable libertad humana, pero no uniforma la distribución de la riqueza. La tarea "... recaía sobre el Estado, que era el único investido del poder ilimitado de obrar contra estos males. El individuo quedó eliminado: él no tiene nada que hacer en esta lucha que el Estado sostiene por él; él no tiene más que obedecer y encontrarse feliz".⁶

La consigna es transformar no sólo la realidad natural, física, sino también la social, la conducta y la perspectiva humanas. Para los modernos, el hombre de la antigüedad asumía una actitud pasiva frente a la realidad, y el conocimiento que de ella se formaba era teórico, por eso, ahora tratará de construir, y dejará de lado el conocimiento especulativo.

Este marco general que apenas hemos descrito brevemente servirá como proemio a lo que será el tema central de estas líneas: la cientificación de la política, o sea, aquello que más o menos imprecisamente se designa bajo el rubro de ciencia política.⁷ Esta nueva concepción de una ciencia considerada hasta entonces como moral, integrada en los tratados prudenciales, ha dado lugar a la creación y perfeccionamiento de una forma de Estado, que se ha dado en llamar "Estado sabio".⁸

6 CRETIEN, Henry. "Estudio introductorio", en Wilhelm von Humboldt: *Essai sur les limites de l'action de l'État*. Paris, 1867; pp. 38-39.

7 "Referirse a la ciencia política o, en otros términos, al estudio de la política, generalmente comporta cierto grado de confusión. Así sucede tanto entre quienes abordan la materia por razones profesionales como entre los legos", en palabras de ALCANTARA SAEZ, Manuel: "Cuando hablamos de ciencia política, ¿de qué hablamos?". En *Revista mexicana de sociología*. Instituto de Investigaciones Sociales. UNAM. Año LV, No. 4; octubre-diciembre, 1993. México, D. F.

8 La expresión es utilizada por CHATELET, François y PISIER-HOUCHNER, E.: *Las concepciones políticas del siglo XX. Historia del pensamiento político*. Espasa-Calpe. Madrid, 1986; cap. IV. Seguiremos de cerca la exposición del autor.

Este calificativo no corresponde a ciertos Estados, con exclusión de otros tantos, sino que hace referencia a la manera en que se han organizado algunas sociedades y a la teoría que sustenta el funcionamiento y operación de gobiernos contemporáneos. No hablamos, consecuentemente, de bloques de países, tal y como sucede con norte y sur, oriente y occidente, aunque —claro está— los países occidentales y septentrionales han alcanzado una mayor aplicación de la ciencia y de la técnica en todas las áreas de la actividad humana.

II. La política como ciencia

a) Conocimiento y poder: dominación racional

El punto neurálgico de las concepciones políticas que a continuación trataremos, es entender que la acción gubernamental, con todas las implicaciones gerenciales que conlleva, se ejercita de acuerdo con los datos aportados por las ciencias naturales y sociales, así como los de la técnica, para construir una sociedad más ordenada y feliz. Debido a esto, el tipo de Estado que se diseña con base en tales concepciones, insistimos, ha sido denominado como "sabio". El vértice de la política es la administración de los recursos, el bienestar, el desarrollo, el progreso, el crecimiento sostenido, en síntesis, el diseño de los planes estatales de acuerdo con criterios científicos y tecnológicos.

Las ciencias, entendidas en el sentido moderno de conocimiento empírico, se van haciendo indispensables para la vida comunitaria, como consecuencia de los procesos de industrialización, el imperativo de satisfacer las necesidades productivas de sociedades cada vez más amplias, así como los requerimientos militares tan vinculados a cuestiones de Estado. No cabe duda, por ejemplo, de que el poderío de una nación guarda una íntima relación con el desarrollo y la potencia de su armamento, y cierto es también que la creación del mismo depende, entre otros muchos condicionamientos, del establecimiento de laboratorios, centros tecnológicos, promoción de las investigaciones académicas, etc., todos ellos ámbitos en los que se entrelazan el poder y el saber.

En realidad, la idea que late en el plan cartesiano de la inteligibilidad del universo señala directamente a la dominación: "conocer es dominar doblemente, haciendo cesar el misterio del objeto, pero también entregando éste a las transformaciones materiales que corres-

ponde a la voluntad de los hombres".⁹ Destacamos aquí una diferencia importante con el pensamiento clásico. En éste, también se conoce el binomio saber/poder; baste recordar a este respecto el dualismo *auctoritas* y *potestas*, o sea, el saber y poder socialmente reconocidos, respectivamente. Sin embargo, este saber es de corte prudencial y apunta al bien ser, mientras que el saber apodíctico, lógico de la Modernidad busca no el perfeccionamiento inmanente de los sujetos, sino su bienestar.

La actividad creadora del hombre se dimensiona de una única manera: la oposición entre el obrar y el hacer, el *agere* y *facere*, queda diluida. Por eso, el político ya no es el hombre que gobierna, conduce, a la sociedad civil, sino un técnico que gestiona, que administra recursos, entre los cuales se encuentran las voluntades de los nacionales. A partir de entonces, pese a la reacción inicial que se opuso al cambio y que no queda superada con nitidez sino hasta la época de las Luces, por los déspotas ilustrados, el gobernante obtendrá el reconocimiento no simplemente por su saber; deberá saber hacer, *savoir-faire*. Ello obedece en gran medida a que los nuevos esquemas epistemológicos reputan como ciencia sólo aquello que es experimental, y a que el progreso se debe mucho más a la técnica que al desarrollo de la ciencia pura.¹⁰

Si desea asegurar su posición frente a los demás, el Estado comienza a reunir a su alrededor grupos de especialistas, integrados en organizaciones altamente jerarquizadas, a quienes encomienda la tarea de satisfacer las complejas necesidades de una sociedad industrial, consciente de su defensa militar, al vincular soberanía y seguridad nacional. Los inventos, los descubrimientos, cualquier adelanto en el desarrollo de la técnica implica una ventaja sobre los demás, por eso es que muchos de ellos se mantienen en secreto. Los talleres y las fábricas formadas a partir de capitales privados dan entrada al Estado, pues es el único capaz de asumir el alto costo de las nuevas inversiones. El conocimiento científico se convierte de esta forma en un elemento de la política. Piénsese, por ejemplo, en los provechos no sólo economi-

⁹ *Ibid.* p. 346.

¹⁰ Como es el caso de las máquinas de hilado.

cos que representa para un Estado el haber conquistado un mercado, a consecuencia de su predominio tecnológico.

La ciencia se traduce en el arma más poderosa de la política, al ser la vía para incrementar el producto interno de los países y el ingreso *per cápita*, la riqueza de las naciones con un manejo racional de los recursos a fin de que todo sea utilizado; es el cumplimiento del anhelo humano de dominar la naturaleza y sentirse más libre, encontrando colmadas mucho más fácilmente sus indigencias. El prestigio de los gobiernos descansa muy señaladamente en la realización de sus programas de obras públicas; el sistema de alumbrado, de drenaje, las telecomunicaciones, las carreteras, los puertos, el abastecimiento de agua potable, se convierten en actividades estratégicas, tan imprescindibles y tan inherentes a la función estatal como pudieran serlo la seguridad nacional, la recaudación de impuestos o la acuñación de moneda.

b) La convivencia social como organización

Además de esta industrialización de las sociedades, proceso en el cual el Estado asume el empeño de ofrecer cuando menos las mismas posibilidades a todos los individuos, puede señalarse otro fenómeno académico que influirá en el ámbito político. Nos referimos a la entronización de la sociología como ciencia descriptiva, como conocimiento de la realidad social, especialmente durante el presente siglo.

Ningún proceso, sea evolutivo o involutivo, de las comunidades quedará fuera de la observación científica de esta nueva disciplina positiva. En frase de Durkheim, habrá que "tratar los hechos sociales como cosas". Pero, ¿para qué y de qué manera afecta la concepción de la política? El sociólogo descubrirá constantes en el funcionamiento social, y podrá discernir, comparativamente, cuáles son funcionales y cuáles disfuncionales, en otras palabras, separará los comportamientos normales (porcentualmente significativos) de los patológicos (fuera de las estadísticas, o bien objeto de la coacción pública), y sus resultados se ofrecerán como dato de una mejor administración estatal.

Así, aunque el sociólogo sea considerado un científico "puro", libre de toda contaminación valorativa o prescriptiva, se alía con los gobernantes y señala las diacronías, esto es, los microprocesos que escapan al proceso global para que sean reencauzados. De la misma forma en

que la caída de los cuerpos o la dilatación de los metales obedecen a leyes naturales, los hechos sociales —el derecho, el lenguaje, la economía—, están regidos por una cierta normativa que debe descubrirse. Dentro de la colectividad, hay funciones satisfactoras de necesidades, y las hay que son sólo superficiales; así como las que integran al individuo en su comunidad, frente a las que lo separan de ella. Quien cultiva esta área del conocimiento se vuelve útil a los ojos de los dirigentes, y es incorporado al Estado como tecnócrata, al igual que los ingenieros y otros científicos.

A pesar de no corresponder al tema que nos ocupa, queremos consignar una breve reflexión sobre el impacto de esta perspectiva en el campo del derecho, en la medida en que facilita la comprensión de la transformación estatal que hemos apuntado. León Duguit es quizás uno de los mejores exponentes de la simbiosis entre la ciencia jurídica y la sociológica. Las normas jurídicas pueden reconducirse hasta las normas sociales, pues ambas descansan en la idea de colaborar, de trabajar conjuntamente los individuos para la realización de un fin social común. El Estado ya no se entiende como la instancia suprema gobernante de una comunidad, sino como una "cooperación de servicios públicos", orquestados por un poder administrativo. De esta suerte, áreas que hasta entonces se encontraban manejadas por particulares, fueron intervenidas por el Estado, con la justificación de ser conveniente para la función gerencial pública.

Las antípodas del sociologismo jurídico, es decir, el pensamiento de los teóricos de la pureza del derecho, con Hans Kelsen como máximo representante, también coadyuvan a la instauración del Estado sabio. En efecto, numerosos son los pasajes en las obras de Kelsen en los que se insiste en la misión del derecho, a saber: enlazar un hecho (*tatbestand*) con una consecuencia normativa (*zwangsfolge*), según un principio de imputación, tal y como en la naturaleza el principio de causalidad une un efecto cualquiera con su causa. Al científico del derecho, si quiere preservar la pureza de su disciplina y mantenerse ajeno a contaminaciones sociológicas, éticas o de otra índole, no le es dable opinar sobre la justicia, conveniencia o utilidad de tal imputación, es decir, no puede asumir una actitud crítica frente a su objeto, siendo concebida su actividad como una técnica de control social, útil al Estado en tanto que se preserve a toda costa un *statu quo*, o sea, las condiciones necesarias de la función pública.

Poco a poco se va creando el concepto de élite, siguiendo el desenvolvimiento de las ideas expuestas, pues se muestra que hay una gama de saberes útiles a la conducción de las sociedades, poseídos por unos cuantos con exclusión de los demás. Quienes han dominado una cierta técnica, un *know-how*, devienen indispensables, insustituibles en la gestión pública; el resto de la población, privada de estos conocimientos, es simplemente masa, un factor más para ser tomado en cuenta en la administración realizada por los sabios. Las élites gobernantes no son, a todas luces, inamovibles; de hecho, la historia, según esta concepción sociológica —señalada por Pareto—, es una sucesión de élites políticas, entronizadas y defenestradas. Ello se explica cuando el saber de los dirigentes se reduce a la arcanidad, es decir, cuando las acciones de gobierno se tornan ininteligibles. Se ha roto la comunicación entre la élite y la masa.

¿Qué debe anticiparse? Sencillamente, la renovación del grupo selecto por parte del que actualmente detenta el poder. Se ofrecen dos vías para tomar cartas en el asunto, o bien aniquilar la amenaza, esto es, excluirla del gobierno, tarea costosa e incierta, desgastante para los dirigentes; o bien, cooptarla, o sea, incluirla en la administración. Este fenómeno es denominado por Pareto como "circulación de las élites".¹¹

Nos percatamos entonces de cómo la sociedad, tras haber utilizado los esquemas racionales para producir progreso y bienestar, ella misma comienza a someterse al proceso de racionalización, conociéndose a sí misma, descifrando su funcionamiento, estableciendo estructuras que aseguran su permanencia, concibiéndose como una empresa, con fines tan específicos como cualquier otra, y necesitada de expertos que se hagan cargo de su manejo. Es importante hacer notar que la retícula social se hace depender de la inteligibilidad de las leyes que la rigen, excluyéndose, por tanto, los afectos, los fenómenos psíquicos, o cualesquiera otros no susceptibles de observación y experimentación.

Tönnies ha llamado la atención sobre los dos ejes en torno de los cuales pueden explicarse los grupos humanos. Por una parte, está la "comunidad" (*gemeinschaft*), basada en vínculos afectivos, en "luga-

11 Otro italiano, Gaetano Mosca, también es partidario de la circulación de las élites. Pareto es considerado como uno de los principales doctrinarios del fascismo.

res comunes", en recuerdos, en gestas emprendidas conjuntamente en tradiciones, en una cierta familiaridad, en un sentimiento localista de pertenencia a la colectividad. Por la otra, se encuentra la sociedad en estricto sentido (*gesellschaft*), en la que el grupo es "una red impersonal de relaciones contractuales".¹² Las ideas que hemos venido comentado afirman la segunda de estas nociones: la sociedad como un todo inteligible, frío, matemático, preciso, desentrañado, explicable en términos lógicos, un objeto con funciones normales y con disfunciones, reparable, integrado por elementos intercambiables, pues ya no existe tal o cual persona insustituible, sino individuos que cumplen determinadas funciones con la posibilidad de ser reemplazados, siempre que presten el mismo servicio.

En esta empresa racional en que se ha convertido el Estado, es necesario el ejercicio del poder, la actividad política, según explica Weber, pues los provechos y las desventajas están calculados de antemano, el fin perseguido es la acumulación del beneficio, a partir de la racionalidad técnica y científica. Desde el momento en que el hombre se integra a una sociedad, todo está medido, no hay riesgos, ni imponderables; sabe qué es lo que quiere, y a quién puede recurrir —los administradores de la empresa— si no lo consigue, pues son quienes monopolizan la coacción.

Los resultados de la investigación positiva han creado una nueva imagen social, como una realidad espaciotemporal explicable mecánicamente, edificada a partir de la especulación sobre provechos y pérdidas, ávida de atesorar beneficios, comodidad, dominio. "No subsiste, por tanto, más que una racionalidad cada vez más calculadora que se nutre de sí misma y que incluso llega a soportar los desórdenes que deja escapar o que engendra".¹³ Ya no hay lugar para la convivencia y la comunicación, pues lo único existente es la instrumentalización de recursos, acorde con los objetivos prefijados. La tecnoestructura ha invadido los espacios vitales, el mundo de la vida común y corriente, el *lebenswelt*, transformándolos en lugares inhóspitos, si bien no hostiles, esto es, fríos pero no combativos.

12 SARTORI, Giovanni: *¿Qué es la democracia?* Tribunal Federal Electoral-Instituto Federal Electoral. México, 1993, p. 18, n. 2.

13 CHATELET: op. cit., p. 393.

Queda claro, entonces, que el conocimiento de un aspecto de lo social, como es lo político, constituye una ciencia propia, la ciencia política, correspondiente a la necesidad de ofrecer vías para la inteligibilidad del Estado sabio. El factor aglutinante de estos estudios e investigaciones, pues la ciencia política engloba muchas aristas de distintas ramas del saber, es liberar el conocimiento político (o sea, estrictamente el ejercicio del poder de decisión) de las ideologías, esto es, de las doctrinas filosóficas y morales, y aplicar la técnica social para solucionar la problemática presentada con ocasión de la administración de las voluntades y acciones de los individuos.

c) La sociedad como empresa

El aumento de la productividad conseguido a la par que la disminución de los costos, finalidad central de la "organización científica del trabajo" de Taylor, es posible gracias a la integración de una clase de trabajadores encargados de poner orden en la empresa, poseedores del saber hacer, aquellos que han logrado hacer acopio de "la gran masa de conocimientos tradicionales que, en el pasado, se encontraba en la cabeza de los obreros, que se exteriorizaba por la habilidad física que habían adquirido mediante años de experiencia".¹⁴ Esta tesis fue transplantada a la sociedad entera, dando origen a la "era de los *managers*", personas encargadas de la coordinación de esfuerzos para lograr una mayor eficacia en la consecución de los fines propuestos. El Estado se ve fuertemente reforzado, pues es la instancia organizadora, constituida por científicos, técnicos y sabios encargados de orquestar las voluntades. Socialmente, se crea una clase privilegiada, detentadora del saber y del poder, colocada a gran distancia del resto de la masa social, como se ha señalado.

Se producen grandes cambios en el mundo, todos ellos vinculados con el crecimiento económico de los países, con su lucha por ocupar un lugar privilegiado entre los demás, con su carrera armamentista, con su ideal de bienestar social: así, recuérdense los planes financieros diseñados por los ministros "técnicos" de Alemania en tiempos de Hitler, la redefinición de la economía estadounidense con posterioridad a la gran depresión —conocida como *New Deal*—, la orientación

14 TAYLOR, F. W.: *La dirección científica de las empresas*; cit. por HEILBRONER, Robert: *Vida y doctrina de los grandes economistas*. Aguilar, S. A. Ediciones. Madrid, 1972.

programática de la industrialización de las repúblicas soviéticas con el fin de "acabar con la economía feudal", etc.

"Desde el momento en que se ha admitido que el crecimiento industrial, la productividad máxima y la puesta en orden del mercado del trabajo y de las riquezas, para dar una satisfacción mayor de aquellos que están comprometidos con la producción y de los consumidores, son los valores de las naciones modernas, entonces es normal que se multipliquen no sólo los gabinetes de estudios y de vigilancia que regulan el trabajo y los laboratorios que ocupan investigadores e ingenieros para que descubran los procedimientos más eficaces de producción, sino también que el poder real pertenezca a unos técnicos superiores—los *managers*— reclutados en función de sus conocimientos científicos pero también de sus competencias psicológicas y sociológicas, que les permiten organizar mejor la sociedad civil".¹⁵

En efecto, basar el incremento de la productividad en la manera organizativa de las agrupaciones humanas trae aparejadas importantes consecuencias de carácter social y político. La detentación del poder efectivo reside en los organizadores, quienes buscarán formas de legitimarlo, esto es, de hacer de su poder de hecho un poder jurídico, de mostrarlo transparente (hemos visto cómo la *perestroika* está unida indisolublemente a la *glasnost*) a los ojos de los gobernados. El término "administración pública" será preferido al de "gobierno", indicándose con él no sólo que no se trata del ejercicio de un poder arbitrario, sino que ni siquiera es prudencial, o sea, no hay zonas oscuras, penumbras, en las decisiones gubernamentales: todas son claramente racionales, perfectamente lógicas, en una palabra, científicas. Los dirigentes-administradores dominan, por un lado, el mundo material, y, por otro, organizan el trabajo de los individuos, los recursos humanos. Es una nueva forma de ejercer el mando.

La tecnocracia se desentiende de las peculiaridades de los pueblos. Todo lo que constituye la idiosincrasia, la historia local, es una carga, un gravamen que pesa sobre la comunidad y del que ha de quedar liberada, o bien, todo ello se entiende como *folklore*, como una peculiaridad interesante a algunos curiosos. Porque ya no se trata de ordenar

15 CHATELET. *op. cit.*, p. 407.

las sociedades, sino de organizarlas. En el acto de ordenación, la decisión política, el acto de gobierno, parte del dato real, y obedece a las circunstancias del aquí y del ahora; en cambio, la organización es apriorística, esto es, se trata de imponer a la realidad un modelo teórico que de la misma manera ha garantizado su eficacia, pues se concibe como una solución científica, válida, como todo conocimiento de este tipo, universalmente. Tal y como la jurisprudencia clásica, tópica, es sustituida por la creación del sistema, la política ya no está integrada por actos prudenciales de gobierno, sino por soluciones maximales deducidas de un sistema pleno y libre de contradicciones. Se explica, así, la uniformación de las sociedades de acuerdo con un modelo universal, propuesto como viable en cualquier tiempo y lugar.

En los bloques de países que existieron hasta hace poco tiempo, el de las repúblicas soviéticas y sus satélites, y el de Europa occidental y los Estados Unidos, las tesis sobre el funcionamiento del Estado cayeron en tierra fértil. Ellos fueron el paradigma a seguir por muchos otros, en el camino hacia la industrialización: los denominados países en vías de desarrollo, esto es, naciones cautivadas por los modelos ofrecidos por quienes ya habían implementado los sistemas políticos y que, por eso mismo, gozaban de una mucho mejor posición internacional. Habría que aproximarse a la rentabilidad alcanzada por los Estados ejemplares.

d) Los defensores del modelo cartesiano

No se hicieron esperar las exposiciones doctrinales, los trabajos académicos de esta nueva ciencia política, y la construcción y explicación del funcionamiento de sistemas, de tesis de administración llevadas al campo público, así como modelos de toma de decisiones, de táctica estatal, de acuerdo con postulados logísticos, cibernéticos, informáticos e incluso semióticos. La mayoría de estas obras se esforzaron por evidenciar la unión profunda del Estado sabio con las vías democráticas, que es a fin de cuentas donde, efectivamente, ha triunfado esta realidad histórica.

Teóricos como Galbraith, quien analiza el "nuevo Estado industrial", unifican en sus trabajos las consideraciones sobre la estructura y funcionamiento de las empresas privadas y las que realizan sobre los organismos estatales. La finalidad de sus exposiciones es encontrar el

factor de unión entre el crecimiento de los grandes consorcios empresariales, cuya actividad se desarrolla para conseguir el liderazgo de un cierto mercado como el automotriz, el de capitales, etc., y los intereses de quienes se encuentran vinculados con el poder público. En otras palabras, la pregunta es ¿qué motiva a una persona a formar parte de la estructura, a cualquier nivel, del Estado sabio?

Además de las motivaciones obvias, como son la remuneración o la adquisición de determinado *status*, está la identificación del individuo con los objetivos de su empresa, pues esto contribuye a la satisfacción de saberse útil en el cumplimiento de ciertos objetivos, de estar involucrado en una actividad común. Es decir, los teóricos que han estudiado la cuestión, creen constatar que el Estado sabio "condiciona" a los miembros de la colectividad para que formen parte de su estructura, como si les ofreciera la idea de que contribuir a la gestión de la cosa pública fuera altamente deseable y ellos la aceptarían. Es ejercitar el poder de convocatoria para adherir voluntades al Estado y lograr la transformación de la sociedad civil. Por ello, la tecnoestructura deberá, entre los datos que habrá de considerar en el diseño de sus planes y estrategias, tomar en cuenta la manera de comunicar a los individuos sus ideales, a fin de que haya quienes se incorporen al proyecto.

El hecho de pertenecer a una empresa poderosa es el interés a despertar, y no cabe duda que la organización más fuerte, por definición, es el Estado: baste recordar a este respecto el concepto de soberanía, como aquel poder sobre el cual no existe ningún otro. A propósito de esta suma de esfuerzos a una institución exitosa, privilegiada, los politólogos y los sociólogos llaman la atención sobre el hecho de que una de las primeras preguntas que cruzan entre sí personas desconocidas es "¿en qué trabaja usted?", para, acto seguido, destinar más o menos consideración y respeto sobre la persona. La cooptación de científicos y técnicos, de sabios, en la administración pública crea una tecnoestructura, en la que sus integrantes están conscientes de ejercitar, en alguna medida, el poder, al tiempo que colaboran en la edificación de una sociedad más rentable.

Robert Dahl ha denominado "poliarquía" a este fenómeno de diseminación del poder en manos de los que poseen un conocimiento especializado. Cualquier cuestionamiento social, cualquier problema que se plantea a los administradores para ser resuelto, solicita la inter-

vención de equipos constituidos por técnicos, por expertos, ajenos a todo interés parcial o subjetivo, y —por el contrario— guiados por la sola razón, por la "asepsia", por la neutralidad de sus conocimientos. Por ello es que se decía líneas arriba que la tecnoestructura queda bien emparentada con los regímenes democráticos, pues en toda sociedad hay una multiplicidad de élites en las que el poder es ejercido dentro de los límites circunstanciales de la decisión requerida, existiendo una legitimación última, que es el consenso ciudadano.

Otra observación interesante es la de Talcott Parsons, quien señala que las élites, de cualquier tipo, se han hecho dueñas del poder de decisión propio del Estado, y han llevado a vías jurídicas este hecho mediante las formas democráticas. Sin embargo, su análisis no se detiene ahí, sino que por el contrario trata de encontrar cuál es la concepción del poder que se encuentra en la raíz del gobierno de los expertos.

¿Qué hay detrás de la tecnoestructura? La sustitución del concepto de legitimidad por el de eficacia. En efecto, los Estados contemporáneos no muestran inconformidad con este cambio, porque aceptar ser gobernados por un grupo de especialistas, asegura la capacidad de la dirección. De esta suerte, el Estado sabio encuentra una justificación, basada no en criterios teóricos, sino operativos. Parsons ha parangonado la búsqueda del lucro económico de las organizaciones mercantiles, con la detentación del poder en la organización pública estatal. Así como la moneda representa un valor fiduciario, el poder representa el ejercicio de la coacción.

El acto de votar por parte de los ciudadanos es similar al otorgamiento de un crédito por parte de una institución de capitales: "Los dirigentes políticos son asimilados a banqueros o a corredores de bolsa capaces de movilizar los compromisos obligatorios de sus mandantes de manera que puedan materializarse los compromisos de la sociedad en su conjunto".¹⁶ Igualmente, tal y como el dinero va pasando de mano en mano, creando más dinero a través del efecto multiplicador, el poder se va rotando entre quienes lo detentan y también se expande.

O sea que, junto con el aspecto de distribución del poder político, cuestionamiento al que responden las tesis que conceptualizan la

16 PARSONS, Talcott. "On the Concept of Political Power". En *Politics and Social Structures*. New York. Free Press, 1969, p. 390.

sociedad como un campo de lucha por el mismo, se encuentra el fenómeno de la producción del poder. ¿Quién puede ostentarse como autoridad legítima entonces? Quien asegura la competencia de su gestión productora de poder, gracias a sus dotes organizativas y de administración. En síntesis, si existen actos de gobierno, centralización de la toma de decisiones en la vida de las sociedades, en una palabra, política, es porque hay consenso en aceptar como capaces de administrar la cosa pública a algunos cuantos.

Un paso más allá en la teoría de la tecnoestructura, representan los trabajos de David Easton y de Karl Deutsch. El análisis sistemático que emprenden estos autores pretende aniquilar cualquier contenido político en la política, o sea, reducirla a la consideración común de las demás técnicas. "Nuestra palabra gobierno viene de una raíz griega que se refiere al arte de conducir un navío. El mismo concepto subyacente se refleja en el doble sentido de la palabra inglesa *governor*, que significa a un tiempo la persona encargada del control administrativo de una unidad política y un dispositivo mecánico que controla la marcha de un ingenio a vapor y de un automóvil. Mirando las cosas más de cerca, contamos, en efecto, que existe cierta similaridad entre la forma de gobernar un navío o una máquina (sea por mano de hombre, sea por pilotaje automático) y el arte de gobernar las organizaciones humanas. Conducir un navío equivale a guiar su comportamiento futuro, a partir de informaciones relativas, por un lado, a su marcha en el pasado, y, por otro, a la posición que ocupa en el presente por relación a cierto número de elementos que son exteriores a él, sobre todo ruta, meta o blanco".¹⁷

Para estos doctrinarios la empresa a acometer es la elaboración teórica del gobierno científico, precisamente como finalidad de su empeño de sustraer lo político (ejercicio del poder de Estado) de la política. Pero entonces falta asignar una tarea a este organismo, sólo explicable en razón de su funcionamiento. Ella será la imposición unilateral de ciertos fines.

La organización estatal —traducida en la estructura de instancias públicas— está en constante interacción con otros sistemas, pues todos se encuentran ubicados en un mismo entorno, que es la sociedad. Estos otros sistemas provocan cambios en el político, y éste, a su

17 DEUTSCH, Karl. *The Nerves of Government*. New York. Free Press of Glencoe, 1963, p. 104.

vez, en ellos, asignándoles fines y valores, o sea, confiándoles ciertas empresas útiles para la comunidad. El Estado, entonces, toma de esos otros sistemas ciertos datos, denominados *inputs*, que son en realidad demandas y exigencias sociales, y esfuerzos colaboradores; después de procesar a través de determinados mecanismos esos datos, ofrece decisiones y acciones, denominados *outputs*. Es como si se tratara de una máquina procesadora, en la que se introduce la materia prima, se le somete a tratamiento y, finalmente, se confecciona el producto esperado.

El sistema será funcional cuando sea capaz de recibir los datos sociales y los sepa transformar eficazmente en respuestas. Por supuesto, tanto los *inputs* como los *outputs* se influyen recíprocamente: por eso, los productos ofrecidos por la maquinaria estatal deberán, entre otras cosas, llevar algún ingrediente a propósito para conseguir dicha influencia, e imprimirle sentido y dirección a la misma. Los casos de atrofia del sistema se presentan cuando las acciones estatales esperadas no son oportunas, o bien cuando se provoca un desgaste muy grande para ofrecerlas, pues no se han sabido utilizar los apoyos de los otros sistemas.

"Puede decirse que hay tensión cuando se puede temer que las variables esenciales superen lo que podemos denominar su umbral crítico. Esto significa que ocurre algo en su entorno: el sistema enjuga una derrota, por ejemplo, o también una crisis económica severa engendra una gran desorganización en el seno del sistema y una desafición a su respecto. Supongamos, debido a ello, que las autoridades sean incapaces de tomar decisiones o que los miembros no se sientan ya ligados por ellas, no reconociéndolas como coactivas; en tales condiciones, la asignación autoritaria de valores ya no es posible y la sociedad se desmorona por falta de un sistema de comportamiento que le permita cumplir una de sus funciones vitales... Pero, frecuentemente ocurre que no es tan completa la disolución de un sistema y que, a pesar de las tensiones que sobre él se ejercen, el sistema no por ello deja de pervivir bajo una forma u otra. Por más severa que sea la crisis, ocurre que las autoridades pueden tomar ciertas decisiones y hacerlas aceptar con una frecuencia suficiente para que algunos de los problemas inherentes a la existencia de una vida política puedan ser resueltos".¹⁸

18 EASTON, David. *Varieties of Political Theory*. Englewoods, 1966; cit. por CHATELET. *op. cit.*, p. 416.

La idea de sistema bajo la cual han explicado Easton y Deutsch el funcionamiento del Estado sabio, no guarda ninguna relación especial con la de estabilidad, aunque así se considere comúnmente. Porque el juego de los *inputs* y los *outputs* lleva a la consideración de que las demandas sociales pretenden encontrar una respuesta en la acción pública, que efectivamente la ofrece, tras haber echado a andar la maquinaria estatal. Significa que no existe ni un conservadurismo particular, ni un vanguardismo revolucionario; lo que hay es cambio moderado, integración de demandas nuevas con acciones también novedosas, de acuerdo con las posibilidades brindadas por el entorno, esto es, los otros sistemas.

De esta manera, los autores que venimos siguiendo han conseguido su propósito: despolitizar la política, dimensionándola como una simple función, traducida en gestión y administración de recursos, ajena a cualquier ideología. La función estatal es un cálculo entre lo que pide la sociedad y lo que puede darse como respuesta. Todo lo requerido para cumplir correctamente la función mencionada es hacerse de un buen sistema de agentes informadores, quienes recogerán el sentir común, las demandas colectivas; un grupo de expertos calculadores que analicen esos datos; y un equipo de ejecutores de las decisiones tomadas. A esto queda reducida la política: a una interdependencia de elementos, en la cual se basa la funcionalidad del sistema.

III. Las incongruencias de la ciencia. Lo racional y lo razonable

Sin embargo, hay varias líneas de crítica a la teoría de la estructura y funcionamiento del Estado sabio. Todas ellas son reacciones al exceso racionalizador de estas exposiciones. Algunos cuestionamientos van dirigidos a los postulados, mientras que otros apuntan a lo que hasta ahora se ha alcanzado.

a) La desilusión de los resultados

En un primer grupo, encontramos posturas como la de Herbert Marcuse, para quien explicar el funcionamiento del Estado como aplicación de una razón técnica, no lo libera de ser encuadrado dentro de las ideologías, toda vez que el conocimiento es una forma de dominación tanto física como humana, esto es, sobre la realidad natural y sobre los individuos, dominación ejercida por el despliegue de un método, con lo cual se torna calculadora, fría, tecnológica. Porque, efecti-

vamente, la técnica es ciega, en el sentido de que sus fines e intereses le son asignados desde el exterior, buscando a todas luces el dominio. La instrumentalización de la ciencia es ya en sí misma un plan con implicaciones políticas e históricas: transformar la naturaleza y reconducir los recursos humanos.

Marcuse señala que detrás del hecho del dominio de la naturaleza por parte del proyecto científico de la Modernidad, se esconde una "dominación eficaz del hombre por el hombre", obedeciendo esto a las limitaciones impuestas a la libertad humana: la racionalización de la sociedad pone de manifiesto que no es el hombre el dueño de sus acciones, sino que —por el contrario— es necesario su sometimiento al sistema, a fin de encontrar satisfacciones existenciales. Sólo renunciando a su plan de vida y disponiéndose como un elemento más del aparato técnico, alcanzará el bienestar anhelado. Pareciera que la libertad ha sido sacrificada en aras de la razón. Las corrientes ecologistas rescatan, entre otras muchas, la idea de Marcuse de cambiar la postura de la técnica frente a la naturaleza; ya no se planeará dominarla, como si fuera un enemigo, sino convivir con ella, como si fuera un compañero.

Con la finalidad de profundizar en los cuestionamientos de Marcuse, Jürgen Habermas indica que explicar el concepto de Estado como sistema total que garantiza la productividad y, consecuentemente, la satisfacción de necesidades lleva a poner en tela de juicio la clásica noción de institución, pues ésta envuelve la idea de permanencia, mientras que si el Estado es un mecanismo de producción, la estabilidad institucional, la constitución política, pasa a un segundo término, pues no se vacilará en cambiar la estructura para promover la eficacia.

La teoría política entonces se vuelca sobre las formas de legitimación no institucional, sino productiva. En definitiva, el aparato gestor de una sociedad será legítimo si consigue la rentabilidad de la misma, es un mercado regido por el principio de reciprocidad en el intercambio: fuerza de trabajo o capital a cambio de satisfactores. El sistema se disloca, es decir, se pierde la legitimidad, cuando un grupo social hace alguna aportación y no recibe nada en retribución.

La crítica de Habermas al Estado tecnocrático consiste en desenmascarar su supuesta neutralización de las relaciones de poder. En efec-

to, ya hemos descrito cómo se afirma en la doctrina del Estado sabio que no hay dominio ni gobierno sobre los individuos, sino relaciones de conducción y gestión de las conductas; pero el hecho de que algunos cuantos sean quienes ofrezcan la mayor cantidad de satisfactores a los miembros de una comunidad, los hace asumir, por eso mismo, un poder sobre ellos. O sea, Habermas también denuncia una forma velada de dominación, supuestamente desterrada en la Modernidad, a partir de la confianza colocada en la inteligibilidad propia de las cosas. Recuérdese que el dominio de la naturaleza provocaría un mayor ámbito para el ejercicio de la libertad, al conseguir que el hombre satisficiera todas sus necesidades. Pero no se contaba con que la producción y distribución de esos satisfactores quedaría en unas pocas manos, que finalmente dominarían la sociedad y condicionarían las voluntades.

Otros autores vinculados con la Escuela de Frankfurt hablan también de la paradójica quiebra de la razón en el Estado sabio. El proceso racionalizador hace al hombre abandonar las preguntas y los cuestionamientos de fondo, pues el imperativo se resuelve en administrar medios y saberlos coordinar en orden a conseguir los fines. La sociedad moderna, basada en la racionalidad, se vuelve profundamente irracional, entregada irreflexivamente al acometimiento de objetivos; en este sentido, la fe en el progreso y la ciega tendencia a la productividad barbarizan la comunidad, por el arbitrario sometimiento de los individuos. El hombre para el orden, y no el orden para el hombre. En síntesis, se constata una deshumanización de la cultura, la sustitución de ésta por la civilización. Como decíamos al principio de estas líneas, ya no es la búsqueda del ser humano, sino su bienestar y su comodidad. El hombre puede alcanzar todo ese bienestar, pero el precio es someterse al sistema.

b) Lo razonable en la política: el rescate de la prudencia

En otra línea de pensamiento más apegada a las concepciones clásicas, se encuentran quienes postulan la recuperación de la actividad prudencial en la política, es decir, su dimensión moral, salvándola de los estrechos moldes tecnocráticos. En este marco, la política se inscribe en el conjunto general del obrar humano, siendo la realidad estatal producto de tal operatividad. La pregunta es ¿qué significado tiene la actividad política en el contexto social?

"La vida social es la realización de un obrar común por los individuos de un grupo. Este obrar de todos, (...) esta realización de un hacer, de una empresa aceptada y obligatoria, es la política. Política es la determinación de qué es lo que todos, en un círculo social; deben hacer necesariamente en vista de su programa de existencia: la fijación de una empresa común, para su socialización y su imposición por el Derecho".¹⁹

A primera vista, podría creerse que la tesis planteada no difiere en realidad de la propuesta tecnocrática. Sin embargo, sí existe diversidad, y ésta consiste en que en la tecnocracia la actividad política, reducida a gestión de recursos, está confiada a un sistema lógico, racional; en otras palabras, los hombres lo que deben hacer es no obstaculizar el desarrollo automático de la maquinaria estatal, la que, por su propia cuenta, alcanzará el objetivo prefijado: el bienestar.

En cambio, en una perspectiva clásica, la actividad política depende, como dice Maravall, de un obrar humano. En efecto, no es el sistema, ni la tecnoestructura el agente social, sino el hombre, con una consecuencia fundamental: se le concibe como un ser responsable, con un actuar moral propio. De él, de sus acciones, y no de la correcta y eficaz aplicación de una técnica racional, es de lo que depende la vida comunitaria. ¿Puede responsabilizarse un sistema? No; el individuo es el único que cuenta con una operatividad histórica, esto es, justificable o no.

El conocimiento de la naturaleza, al que ha quedado reducido todo el saber de acuerdo con el plan cartesiano de las ciencias, es uniforme, pero no lo es el de las cosas humanas, el cual es, además de teórico y técnico, productor; es decir, aquél es homogéneo, éste, como es práctico, no lo es. Dentro de las disciplinas prácticas, la razón humana no dispone únicamente de los materiales que se ofrecen a su uso, pues también debe saber dirigir a los hombres mismos, en tanto los actos de gobierno proceden de ella. La ciencia política, el conocimiento práctico de la sociedad civil, la más perfecta de todas las sociedades, queda incluida en el campo práctico, pues se ordena a la acción.²⁰

19 MARAVALL, José Antonio: *Los fundamentos del Derecho y del Estado*. Ed. Revista de Derecho Privado. Madrid, 1947, p. 179.

20 "... la ciudad es una cierta entidad respecto de la cual la razón: humana no sólo es cognoscitiva, sino también operativa" (*cum civitas sit quoddam totum, cuius humana ratio non so-*

La filosofía clásica distingue, dentro de los conocimientos prácticos, dos aspectos: "uno actúa a la manera del fabricante cuya actividad se transmite a la materia exterior: es lo propio de las técnicas llamadas mecánicas, como la del herrero, la del ingeniero, etc. El otro actúa de manera tal que su actividad, al contrario, permanece en quien actúa: como cuando deliberamos, escogemos, queremos, etc., acciones todas estas cuyo estudio concierne a la filosofía moral. Es así que la ciencia política tiene por objeto el ordenamiento de los hombres, luego es claro que no debe incluirse dentro de las ciencias productivas (o técnicas mecánicas), sino entre las de la acción, o sea, entre las ciencias morales".²¹

No es dable fundamentar la acción práctica en el conocimiento científico exclusivamente. El gobierno de las sociedades no se reduce, de acuerdo con los pensadores del llamado "realismo moderado", a un saber técnico, a pesar de que éste se haya construido debido a procedimientos empíricos, de descubrimiento práctico. La sola disciplina científica no garantiza un ejercicio correcto del poder político. La tecnocracia es consciente de esto, al exigir de los especialistas no sólo el saber, sino el saber hacer. Sin embargo, se olvida que no es una tarea simplemente exterior, de habilidad mecánica o técnica; se trata de que gobernar es un acto inmanente, esto es, del ámbito del obrar, no del hacer. ¿Es posible enseñar a obrar, así como se enseña a hacer? En otras palabras, ¿es válido exigir del gobernante no sólo ciencia, sino también prudencia?

Porque sucede que el conocimiento científico y técnico es el más preciso, pues consiste en un conjunto ordenado de leyes fijas e infalibles, de verdades apodícticas, y no es pensable que pudieran ser de otra manera; el saber científico corresponde al conocimiento de lo fatal, esto es, de lo necesario. Por el contrario, el conocimiento prudencial, referido a las realidades contingentes, aquellas que pueden pre-

lum est cognoscitiva, sed etiam operativa); AQUINO, Tomás de: *Prefacio a la Política*. Ed. Tradición. México, 1976, pp. 16-17.

21 "*Rursumque cum ratio quaedam operetur per modum factionis operatione in exteriorem materiam transeunte, quod proprie ad artes pertinet, quae mechanicae vocantur, utpote fabrilis et navifactiva et similes: quaedam vero operetur per modum actionis operatione manente in eo qui operatur sicut est consiliari, eligere, velle, et hujusmodi quae ad moralem scientiam pertinet: manifestum est politicam scientiam, quae de hominum considerat ordinatione, non contineri factivis scientiis, quae sunt scientiae morales*"; *ibidem*.

sentarse de una u otra forma, no ofrece la certeza de las ciencias, pues "tales decisiones, en donde se ultima el saber para la acción, no pertenecen a la ciencia y a la técnica —y por ello no es el científico ni el técnico quien las toma— sino a la prudencia".²² Es cierto que, de acuerdo con la técnica de las finanzas públicas, solicitar la venta de divisas extranjeras en gran escala impide que la moneda nacional se devalúe. Pero, ¿es conveniente —prudente— hacerlo? O bien, ¿cómo se deciden las prioridades en las líneas de acción gubernamentales? ¿Qué es más importante, la salud o la educación del pueblo; los fondos para las viviendas o el aumento de los salarios? ¿Es siempre, o sea, toda vez, preferible propiciar el ahorro sobre el consumo?

A la toma de estas decisiones es a las que dirige la mirada la crítica de la tecnocracia que venimos siguiendo, es adonde apunta el cuestionamiento del Estado sabio. Reconfigura el aspecto prudencial de tales decisiones: el conocimiento de la acción correcta en estas circunstancias, aquí y ahora, sin pretensiones de validez científica absoluta. Prudencia es la capacidad por la que quien debe decidir se aventura a actuar después de ponderar los pros y los contras, los riesgos y las seguridades; es una previsión del mayor o menor grado de éxito que pueden tener los actos humanos, en medio de la incertidumbre y lo mudable del acontecer histórico. Prudencia es una razón práctica, pues versa sobre el conocimiento del actuar. Se trata de constreñir la voluntad a los condicionamientos presentes, y que —por lo mismo— no se asegura que la misma decisión sea tomada en otras circunstancias futuras.

Para esta línea doctrinaria es un despropósito querer construir un Estado sabio, un gobierno científico, pues a pesar de que los planes y programas públicos estén creados científicamente, habrá lugar para la ponderación. Si que puede haber una teoría general del Estado y una ciencia política, pero eso no asegura del experto sus aciertos gubernativos. *Mutatis mutandis*, es como pretender que los críticos de arte sean ellos mismos artistas. Ni siquiera los expertos copistas, especialistas en el saber hacer, pueden considerarse creadores de arte. Tomás de Aquino indica al respecto que "es manifiesto que lo más importante del conocimiento directivo pertenece a la prudencia".

22 LLANO, Carlos: *La enseñanza de la dirección y el método del caso*. Instituto Panamericano de Alta Dirección de Empresa-Universidad Panamericana. México, 1996, p. 95.

Esta frase cobra especial interés en la época actual, en la que se han apuntado los "límites de la ciencia política", debidos al trabajo "con modelos erróneos, equiparando engañosamente la comprensión de los fenómenos sociales al aplicar nuestros conocimientos sobre el mundo de la naturaleza (...) El fracaso a la hora de conseguir progresos de carácter científico, de modo que puedan satisfacerse los objetivos de la ciencia política positiva, se demuestra por la incapacidad del mundo de la política para utilizar dichos resultados de forma más rigurosa. Es un hecho admitido que a muchos de los interesados en los asuntos públicos les seduce la idea de que la instrucción de nivel superior y la erudición deberían ser útiles y servir para fines prácticos, y se sienten inclinados a considerar las ciencias sociales como la vía que les proporcione instrumentos potencialmente útiles para resolver problemas reales. Sin embargo, lo cierto es que, por regla general, los políticos no buscan su guía de orientación en fuentes eruditas o académicas (...) ¿Qué jefe de gobierno se compromete a tomar una decisión basándose en las últimas declaraciones de los científicos políticos expertos en el análisis de los planes de acción?".²³

Sobre la transmisión de los conocimientos prudenciales en el arte del gobierno existe una antigua tradición, que cobró nuevos bríos y se impuso como reacción al diseño del concepto de la "razón de Estado". Recuérdesse a este respecto que el nacimiento del Estado moderno coincide históricamente, en sus líneas generales, con el fin de la Edad Media, representada políticamente en la constitución de un *Sacrum Imperium*, soportado en la idea imperial. El resquebrajamiento de esta organización estamental, con la consecuente desvinculación del individuo de ese poder supraterritorial, produjo también el reforzamiento de los poderes locales, llamados desde tiempo atrás "*civitates superiores non recognoscentes*".

Como sustitutivo de aquella comunidad unitaria medieval, entraron en escena los Estados territoriales, trayendo un elemento importante a considerar, advertido por Bártolo de Sassoferrato: dado que estas comunidades ya no estaban sometidas a ningún otro poder, la paz entre ellas se hizo consistir en un equilibrio de fuerzas, como principio mecánico. Fue Maquiavelo, sin embargo, quien puso el dedo en

23 JOHNSON Nevil: *Los límites de la ciencia política*. Ed. Tecnos. Madrid, 1991, pp. 113-114.

la llaga, dándose a la tarea de edificar un Estado viable pese a la antropología negativa característica del ser humano, visto como un ser "malagradecido, voluble, hipócrita, cobarde y codicioso". Las naciones, construidas con esa clase de hombres, serían perdurables sólo si se encargara su dirección a alguien capaz de someter las pasiones humanas con el auxilio de ciertos mecanismos. Todos los medios serán válidos para coadyuvar a la permanencia del Estado. De esta suerte, se desliga la política de la moral, pues ya no será considerada como una actividad prudencial, de libre elección entre diversas opciones —y, por ende, susceptible de un juicio de responsabilidad—, sino como una técnica mecánica de conservación del poder.²⁴

La literatura surgida como reacción a los escritos del florentino no se hizo esperar, y se denominó "tacitismo", por seguir las enseñanzas de Cornelio Tácito, pues él "es de los escritores clásicos el que vio la vida pública desde la privada, la sociedad desde el hombre. El hecho histórico está para él teñido siempre de intención individual. De aquí que aparezca como un escritor profundo para quienes consideran la historia desde el ángulo de la voluntad humana, caso concreto de la historiografía barroca".²⁵

Como ejemplo de esta arista en la actividad política, citamos las palabras de uno de estos autores, Baltasar Gracián,²⁶ quien en su *Oráculo Manual y arte de prudencia*, escribe como rasgo de la personalidad del político: "Sea uno primero señor de sí, y lo será después de los otros. Hace de caminar por los espacios del tiempo al centro de la ocasión. La detención prudente sazona los aciertos y madura los secretos ..." ²⁷, con lo que concibe los actos de gobierno como decisiones

24 VERDROSS, Alfred: *La filosofía del derecho del mundo occidental. Visión panorámica de sus fundamentos y principales problemas*. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1962; pp. 159 y ss.

25 TIerno GALVAN, Enrique: "El tacitismo en las doctrinas del Siglo de Oro español". En *Escritos (1950-1960)*. Ed. Tecnos. Madrid, 1971, p. 61; cit. por CARDENAS, Salvador: "Los orígenes históricos de la ciencia política moderna en el México del siglo XVII: el tacitista Juan Blázquez Mayoralgo". En *Ars Juris*. Revista del Instituto de Documentación e Investigación Jurídicas de la Universidad Panamericana. No. 15; México, 1996, p. 20.

26 Otros son Baltasar Alamos de Barrientos, Fernando Alvia de Castro, Pedro de Rivadeneyra, Juan de Mariana, Antonio Pérez, Eusebio Nieremberg, Andrés Mendo, Claudio Clemente, Diego Saavedra Fajardo. Sobre su línea verdaderamente antimachiavélica o veladamente machiavélica, puede consultarse el artículo citado de Cárdenas.

27 Ed. Turner. Sin indicación del lugar. 1991, p. 27.

meditadas, ponderadas, con un fondo ético irreductible a la aplicación de técnicas del hacer.

En síntesis, la corriente descrita trata de rescatar el valor de lo razonable, frente a lo puramente racional o a lo meramente arbitrario. La política es ciencia, efectivamente, pero no con exclusividad: los actos de gobierno pueden ser reconducidos a principios válidos universalmente, inmutables, ciertos, lógicamente demostrables, pero también ofrecen zonas no explicables de esta manera, pues a fin de cuentas son elecciones libres de la voluntad de quien detenta el poder, no conclusiones de una larga cadena de silogismos que termina ineluctablemente de tal modo.

En palabras de crítica de Bobbio, la época moderna es la sustitución paulatina de la "razón ilimitada de la fuerza" por la "fuerza ilimitada de la razón". O sea, de la arbitrariedad por la racionalidad. Pero así como el derecho basado en la fuerza arbitraria no es más que una trampa, y la política sujeta al capricho del gobernante no es sino tiranía, no es posible explicar ninguna de estas dos realidades en los solos límites de una racionalidad absoluta, inexorable.

La política no es exclusivamente ciencia, dicen los prudencialistas, pues sus juicios no son necesarios, en el sentido de que no quepa otra alternativa; tampoco es solamente técnica, ya que no se busca la perfección de una realidad exterior, sino la de los individuos integrantes de una comunidad cívica. También es prudencia, y como tal, los actos de gobierno están constituidos por tres elementos: deliberación, juicio y mandato.

En la fase deliberativa, el político deberá ponderar, analizar, evaluar, indagar la realidad problemática que se ofrece a su conocimiento, y estudiará cuáles son las vías de solución posibles, a fin de encontrar en ellas la más conveniente. Esta deliberación no es un acto puro de lógica, pues en el análisis se involucran fines y valores del objeto estudiado, con lo cual se torna práctico. Después de realizar esto, el prudente juzgará, tomará postura en favor de la solución que mejor se acomode a la realización de los fines sociales, decisión que nunca gozará de una certeza indestructible, y que —por el contrario— presentará aristas de "salto en el vacío", de riesgo. Finalmente, se impondrá la decisión, se llevará a la práctica, pues el acto de gobierno no puede ser identificado

con un juicio especulativo, sino que debe ser ejecutado en la realidad.²⁸

Resumiendo lo dicho hasta ahora, esta vertiente revisora de la actividad política entiende que el gobierno de las sociedades, concretado en actos de decisión como respuesta a los cuestionamientos presentados por la realidad, debe partir de ésta, no de una teoría supuestamente universal. La solución a los problemas no depende tan sólo de un método, pues los límites del acto de gobierno están dados por las circunstancias presentes, y no de una vez por todas.

La política, como disciplina práctica, intenta no sólo conocer el Estado, sino actuar; pero la actuación está orientada por fines: no sólo encauzar a la comunidad en las vías del progreso, sino también determinar qué es lo primero en lo que ha de ser perfeccionada.

IV. Corolario

Si la Modernidad ha pugnado por eliminar todo rasgo arbitrario en el ejercicio del poder, también ha pretendido explicarlo en virtud de un sistema cerrado. "La ciencia política parece contener una paradoja fundamental. Los politólogos comparten un lenguaje de análisis que hace hincapié en los conceptos, las variables, los indicadores, las hipótesis y las teorías y una visión de la disciplina que se centra en la explicación de los fenómenos políticos (...) Los politólogos a menudo describen el mismo fenómeno, pero ofrecen análisis muy diferentes de él; incluso pueden observar el mundo de modos muy diversos. En resumen, se produce una situación de sonido cacofónico de la ciencia política cuando las escuelas de investigación de ciencia política ventilan la existencia de un gran nivel de acuerdo en los métodos y objetivos de análisis acompañado de un fuerte desacuerdo en los resultados del análisis".²⁹

Este "observar el mundo de muy diversos modos", este "sonido cacofónico", que los defensores de la política como actividad científica atribuyen a las distintas perspectivas de análisis del Estado, aparecen a los ojos de los prudencialistas como engañosos sofismas que veían el

28 MASSINI. Carlos. *Sobre el realismo jurídico*. Abeledo-Perrot. Buenos Aires, 1978, pp. 132 y ss.

29 ALCANTARA SAEZ. *op. cit.*, p. 154.

conocimiento de la verdad: los actos humanos, que involucran la libertad de elección y entre los cuales se encuentran los de tinte político, pueden fundarse en buenas razones, y ser, consecuentemente, razonables, pero nunca serán puramente lógicos, ni tampoco se quedarán en un plano simplemente material o técnico.

Las alternativas ofrecidas de inteligibilidad de la política son, o bien considerarla una ciencia, o bien encuadrarla como decisiones prudentiales. De acuerdo con la primera, los actos de gobierno podrán presentarse "según formas variadas especificando que las influencias de las variables explicativas afectan, pronostican, son de origen de, están inversamente relacionadas con, son una condición necesaria para, una condición suficiente para, una condición suficiente y necesaria para, o se encuentran relacionadas de una u otra manera con la variable dependiente",³⁰ o sea, se les concebirá como series de proposiciones lógicas.

Por el contrario, en la perspectiva prudencial, a pesar de la certeza de los axiomas, no le es dable al gobernante concluir necesariamente en todos los casos cuál será la decisión política, pues la causa por la que ésta se toma es algo circunstancial y, por eso mismo, contingente. Sucede que en la realidad no existen relaciones únicas e inalterables entre las cosas, y a la política no tiene por qué interesarle ninguna cosa en sí misma, sino justamente en tanto que se relaciona con las demás, y se presenta como objeto de un concreto acto humano: el acto de gobierno.

30 *Ibid*, p. 153.